

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 20 enero 2016

Texto de referencia: L. Giussani, *Reconocer a Cristo*, en J. Carrón, UNA PRESENCIA EN LA MIRADA, supl. de *Huellas-Litterae communionis*, junio 2015, pp. 63-75.

- *Lágrima*
- *Favola*

Gloria

Abordamos la última parte de la lección de don Giussani *Reconocer a Cristo* y con esto terminamos nuestro trabajo sobre los *Ejercicios de la Fraternidad*. Para ello, empezaremos con una pregunta que me han anticipado por correo electrónico.

Gracias por haber tomado en serio mi pregunta. Soy una estudiante de medicina, y quería contarte que desde hace algunos meses, cuando mis amigos me preguntan: «¿Qué tal estás?», yo no sé qué responder exactamente, es decir, no puedo mentir y decir que todo va bien, porque no es así. Me doy cuenta de que deseo cada día una felicidad plena, y la deseo tanto que ya no puedo negar que es así, sin embargo esto...

¡Menos mal, porque si no fuera así lo negarías! Pero tu ser, tu naturaleza, que te ha sido dada, no te permite dejar de tender a esa felicidad.

Sí. Por otro lado, me veo contra las cuerdas, en el sentido de que cuando no es así obviamente estás mal, y te dices: «Entonces, ¿por qué he vivido esos momentos de felicidad, que me hacen decir que puedo desear ser feliz, y que no es falso este deseo?». No sé bien cómo estar...

¿Por qué no es falso? ¿Qué experiencia has tenido?

Para mí no es falso por lo que he vivido.

Exacto. Porque de no ser así ni siquiera habrías vivido esos momentos. La cuestión es cómo multiplicar esos instantes.

Exacto. ¿Cómo puedo desear, pedir que sea siempre así, es decir, vivir siempre una felicidad plena?

Mantengamos abierta esta pregunta.

Hola.

Hola. ¿Tú también quieres ser feliz?

Sí.

¿A qué te dedicas?

Estudio Filología. En la peregrinación del año pasado de Macerata a Loreto decías estas palabras: «Cristo es una presencia tan presente que nos llena de alegría y nos permite vivir cualquier situación»; y decías también, citando a san Pablo: «“Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad”. (...) Por eso vivo contento en medio de las debilidades, los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Cor 12, 9-10)». Y comentabas: «Somos pequeños, conscientes de nuestros límites, de nuestras traiciones cotidianas y de

la fragilidad de todos nuestros intentos; pero por encima de todo estamos seguros de que el Padre nos ha elegido, tal como somos, para que resulte más patente aún que la fuerza es solo suya». Me gustaría que me explicaras cómo es posible hacer esta experiencia, y cómo es posible que dure en el tiempo. Me ha pasado este año que después del verano volví a la universidad llena de vida, con una gran energía. El verano fue espectacular, los primeros meses de universidad plenos, un continuo tira y afloja entre Dios y yo, algo apasionante, conmovedor. A mí me cuesta mucho decir: «Dios», «Jesucristo», muchas veces me quedo en algo vago, y digo: «Misterio», «lo que nos une», «eso». Pero me acuerdo que decía: «Jesucristo» y se lo decía porque era Él, no era otra cosa. Luego, hacia Navidad, al terminar las clases, es como si en un momento dado esta alegría y esta relación, que era todo, se hubiesen fosilizado, era como si continuaran por inercia, y los gestos eran solo gestos, no remitían a otra cosa, ya no eran relación; eran cosas bonitas, punto, o cosas importantes... No sé cómo decir: ¡cosas! En un momento dado llegaron el aburrimiento y luego la soledad. Me impresiona que Giussani define la soledad no como ausencia de personas, sino como la falta de sentido; yo no me encontraba menos sola porque hubiera menos gente, sino porque todo era casual. Y trabajar la Escuela de comunidad no era dificultoso, ¡porque ni siquiera se me ocurría! No me servía rezar: era costoso, casi doloroso. Y ya no sabía cómo buscar a Jesús. También porque no me va eso de decir que está si no le estoy viendo, de pegarlo a las cosas porque, total, «es Él quien lo hace todo». No veía ni rastro de lo divino a lo largo del día, solo estaba yo, haciendo una serie de cosas. La felicidad y la certeza de los demás seguían siendo deseables, pero me parecían inalcanzables cuando yo, semanas antes, era la primera en vivir así y en sentir que explotaba de alegría. Me sentía casi abandonada, porque antes me parecía que no costaba ningún esfuerzo afrontar así los días, estaba contenta de existir; pero después entraron el aburrimiento y el disgusto conmigo misma, y todo era falso y plano. Antes pensaba que salir de casa era como ir a ver a un amigo –la cama seguía siendo cómoda, la casa era cómoda, pero si vas a ver a un amigo ni siquiera lo piensas–, mientras que en un momento dado empecé a no ser capaz de levantarme de la cama, como si no me esperara ningún amigo.

Ninguna razón para levantarse.

Exacto. Además mi primera reacción fue que no valgo nada, que ya no soy capaz de ver a Jesús por mi límite, por mi error. Pasaba por encima de los días de puntillas, tratando de hacer el menor número de cosas equivocadas posible, de no molestar a nadie. No era libre, todo me fastidiaba y me fastidiaba sobre todo yo misma. Y si me pasaba algo malo o alguien me trataba mal, era la prueba de que estaba equivocada. Me costaba incluso decirlo, porque me avergüenzan mis límites. Solo que después sucedió algo, y ese día te escribí. Volvimos a la universidad y tuvimos la primera Escuela de comunidad de mi facultad. Impresionante: todos los que hablaban, hablaban de mí, podía haber hablado yo durante una hora y habría contado lo mismo, ellos contaron mi intervención. Eran todas personas a las que yo considero que van por delante de mí; y sin embargo vi que no van por delante, sino que son como yo; contaban los mismos errores que yo cometo, las mismas dificultades que yo tengo. Sobre todo, no me salía decir que los demás iban más o menos por delante de mí; se me había borrado esa categoría mental mientras estaba ahí. ¡Una grandísima liberación! ¡Qué gracia tan grande! Si yo no tengo el valor

de hablar de mí misma porque me avergüenza mi dificultad, ¡hay alguien que se quiere mejor que yo y que sale a hacer mis mismas preguntas! Por eso ni se me pasaba por la cabeza el problema de “ir por delante”, “ir por detrás”, “más o menos defectos”. Yo estaba allí porque había algo más bonito y más verdadero que todo mi malhumor, que me atormentaba desde que habían terminado las clases. Y me di cuenta de que, a pesar de mi apatía y de mi dolor (ante mí y ante todo), no había pensado ni un momento en marcharme de la Iglesia, y de la Iglesia tal como la vivo, es decir, el movimiento en la universidad, con mis amigos, porque no sabría a dónde ir. No veía la hora de ir a la Escuela de comunidad. Estaba segura cuando decía que en el fondo no valgo nada, pero no veía la hora de ir allí. Creo que en el fondo no estaba en realidad tan segura. La Escuela anterior decías que aunque uno se equivoque novecientas noventa y nueve veces de mil... Y yo pensaba: soy yo, que he hecho daño una y otra vez, porque si soy yo la que tiene que...

¡Lo había dicho para ti!

Gracias.

«Ante praevisa merita»: en previsión de lo que tenía que suceder.

Y cuando lo leí me conmoví, porque yo me he encontrado con Jesús, y le echo muchísimo de menos. Y también echo de menos la nostalgia de Él, de los rostros. Cuando estoy apática quisiera decir: ¿dónde está mi deseo? Porque si no, no me muevo y me ahogo en mis mil pensamientos. Y mi oración en ese momento fue: «Te echo de menos. ¿Cuándo vuelves?». No: «¿Me cambias?». He comprendido sobre todo que la memoria de Él, es decir, de cómo ha intervenido Él en mi vida y como sigue interviniendo, es mi salvación, porque no me deja negarlo todo, porque no puedo hacer como si no me hubiese encontrado con Él. Por eso te pido que me eches una mano, porque el momento después ya estaba empeñada en hacerme invisible, en hacer como si fuese un poco más capaz, y me siento bloqueada y esquizofrénica. Quiero pedirte que me ayudes a entender qué es este trabajo que hace que uno pueda amar su vida y no sentir asco por ella. Porque a mí ya me ha sucedido, pero quiero que se vuelva una posición de mi vida. Y luego otra cosa. El día que te escribí llamé a mi novio, que me preguntó: «¿Qué tal estás?»; y yo: «Fatal. ¡Hasta el punto de que le he escrito a Carrón!».

Para que te diera la extremaunción.

Sin embargo, él me dijo: «¡Ah, entonces estás fenomenal!». «No. Quiere decir que tengo problemas y que voy por ahí preguntando por qué estoy mal». «No, no. Cuando yo estoy mal me paro y dejo de hacerme preguntas. Cuando estoy bien, lo pregunto todo». Quería que me ayudaras a comprender esto.

¿Qué has aprendido de esta experiencia? Porque muchas cosas ya las has dicho tú, la cuestión es si te das cuenta de lo que has dicho.

¿Me preguntas por qué me había quedado fosilizada?

Sí. Primero, por qué te habías quedado fosilizada hasta el punto de que las cosas ya no te decían nada.

Todo se había vuelto formal.

Se había vuelto formal. Has utilizado una palabra preciosa: «Los gestos eran solo gestos, no remitían a nada, ya no eran relación. No veo rastro de lo divino en mis jornadas». ¿Qué quiere decir? ¿Qué es lo que estabas perdiendo?

Ya nada estaba unido.

Ya nada estaba unido. Pero la primera cuestión de la que hay que darse cuenta es que tu relación con la realidad se había reducido. No es que primero Él está y luego desaparece. Es que ya no consigo leer la realidad en relación con el Misterio que la hace, la realidad no me habla de esto divino que está presente todos los días. Pero, en tu opinión, ¿por qué permite el Misterio estos pasos? ¿Qué quiere que aprendas (como después has podido ver)?

Yo creo que quiere que no sea algo sentimental.

No quiere que sea algo sentimental. Porque –como te dice tu novio– cuando tienes conciencia de tu necesidad... ¿Qué te ha pasado cuando has ido a la Escuela de comunidad con toda tu necesidad?

Que he escuchado.

Has escuchado. Y todo te ha hablado. A pesar de la imagen que tenías de ti misma, a pesar de que te habías repetido durante días que no valías nada, que eras una porquería, justamente esa ha sido la herida, la grieta por la que ha entrado Cristo; y todo te ha hablado con una potencia que te ha llenado de asombro, hasta el punto de que no has podido olvidarlo, y has llegado a escribir: «No veo la hora de ir allí». Si el Misterio no nos ahorra esto es porque la verdadera cuestión del camino no es que suceda un milagro que haga que, en un momento dado, todo se vuelva apasionante de forma automática, sino que tu relación con la realidad sea educada de tal modo que puedas ver las cosas tal como son, con toda su densidad, con todo lo divino que llevan dentro. Porque si tú no ves que está presente, en un momento dado dependes solo de tus emociones, y esto termina haciendo que te ahogues. Dijimos en la última Escuela de comunidad que aunque nos equivoquemos novecientas noventa y nueve veces de mil somos amados igualmente. Pero tú no podrías siquiera soñar con conmoverte ante este hecho si no fuera por la experiencia que has tenido, que es la prueba de lo que dice san Pablo: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte». «Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad»: la cuestión es si nosotros hacemos un camino partiendo de esto. De no ser así, como tú dices, un instante después estás como al principio, como si no hubieses aprendido nada de la experiencia vivida. Este es el recorrido al que el Misterio nos invita, no porque quiera que nos cueste más, sino porque Él siempre está presente, la realidad siempre está llena de su presencia, y tú estás siempre llena de su presencia, a pesar de todos tus errores. Pero debes introducirte en la realidad de todo lo que tocas y de ti misma con una mirada no reducida, sin depender del sentimiento que tienes, porque no es que el Misterio interrumpa su relación contigo; si la interrumpiese, dejarías de existir, desaparecerías. Este es el camino que Dios nos invita a hacer para que todo se vuelva apasionante. Esta es la partida que debemos jugar. Gracias.

En las últimas Escuelas de comunidad me he sentido descrita en profundidad y esto ha despertado en mí un gran deseo de agradecerte la paternidad con la que me ayudas en el camino. Durante algún tiempo he tenido la gracia de poder ir a misa todas las mañanas y he tenido también algún tiempo libre durante el día en el que podía leer la Escuela de comunidad, los textos. Y esto me ayudaba mucho a dialogar con el Misterio dentro de la dramaticidad y la precariedad de mi vida. Luego ha llegado un periodo de mucho trabajo

y ya no he tenido tiempo de hacer nada más que el trabajo y el cuidado de los hijos. Entonces he empezado a pedir: «Jesús, necesito verte en las cosas que tengo que hacer, ven Tú a ellas, porque no hay otro modo». Y Él me ha respondido. No me deja. Me subo al coche disgustada, y en un segundo comprendo que algo no va bien. Voy a recoger a mi hijo mayor al colegio y ya estoy pensando que me hará enfadar y que será una tarde difícil y quizá triste también. En ese momento percibo Su mirada sobre mí y comprendo que ya estoy dejando fuera la posibilidad de bien para mí que Él pone en las cosas. En ese instante se juega mi libertad y le respondo: «Vaya, estaba a punto de tirarlo todo, pero no quiero, te ofrezco mi miedo y esta dificultad, ven Tú a enseñarme a amar a mis hijos, hazme tener los ojos abiertos para ver todo lo bueno que va a suceder». O también empiezo a trabajar y siento un malestar, una inconsistencia: «¿Qué bien puede aportar mi trabajo al mundo? ¿Cómo puedo ofrecer una contribución positiva estando aquí, delante de mi ordenador, sola en esta habitación?». Y se convierte en petición a Él, en ofrecimiento del sacrificio. Siento que Su mirada me libera. El trabajo se convierte en un recipiente lleno de gusto dentro del cual puedo poner toda mi creatividad y mi pasión (en el sentido de amor). Quizá nadie lea lo que he escrito, pero ese trabajo mío es una expresión con la que mi persona da gloria al Señor por los talentos que me ha dado y es expresión de mi gratitud a Él. Y así podría contar otros episodios de cada día, en los que me pasa que me tomo en serio incluso los sentimientos de mi corazón, de mi humanidad. Me asombra que Jesús los use como trampolín de lanzamiento para permitirme encontrar de nuevo la relación con Él. Y en ese momento debo decidir si me dejo abrazar nuevamente por Él. Esta es la experiencia de su misericordia en mi vida: cada vez que su gracia, durante la cotidianidad de mis jornadas, me da la posibilidad de volver a darme cuenta de su presencia y de su ternura. Cuando domina en mí su ternura veo que, a veces, algo cambia en mí, nace una conmoción, una gratitud que no consigo guardarme para mí. A pesar de mi pasado, caracterizado por el deber-ser, por el deber-hacer, un poco moralista, cada vez me resulta más evidente que mi esfuerzo no me sirve para nada. En estos últimos tiempos se me ha hecho evidente como nunca la diferencia que hay entre hacer un trabajo y esforzarme por hacer algo (incluso un trabajo). Por ejemplo, un fin de semana seguía pensando en las cosas bonitas que me habían sucedido los días antes y me encontré incapaz de bien con respecto a las cosas más queridas que tenía, y entonces me preguntaba: «¿Dónde está mi fe si no soy capaz de hacer el bien? ¿Por qué me acaban de suceder estas cosas bonitas y ahora estoy triste?». Pero el lunes se me abrieron los ojos y me di cuenta de que había pensado que me había vuelto más capaz, mejor, y sin embargo todo se juega en el instante, en ese instante. Y yo no había cedido a ese instante que no me gustaba. Juzgar esta experiencia me ha permitido darme cuenta de que el trabajo no es un deber pesado que se acaba bloqueando en la inevitable desilusión de no conseguir ser o hacer; para mí el trabajo se ha convertido en una fidelidad al corazón, en la búsqueda de un camino. Y Dios siempre se deja encontrar. Me doy cuenta de que todo se juega en ese instante en que me doy cuenta de su mirada por un momento y tengo que decidir nuevamente si le digo: «Sí, Tú sabes que te quiero».

En esto consiste el trabajo, como nos ha demostrado hasta en los detalles. Lo decía don Giussani: una continua iniciativa nuestra en la relación con las cosas, con lo que tengo que hacer, en donde se juega constantemente mi razón, para que yo vea en las cosas al Tú

al que respondo, para que mi libertad responda a esa forma de llamada que el Misterio me hace a través de las cosas. Pero esto no es algo que sucede solo al principio: la cuestión es que este diálogo se vuelva cada vez más familiar, para que todo se convierta en relación con Él. Acabas de decir: «Tengo que decidir». No hay nada mecánico en esta relación. Siempre se juega todo en el instante. Por tanto, hacer no es un moralismo, sino vivir constantemente en esta relación en la que todo se juega. Un camino, justamente.

Quiero contarte una cosa pequeña de la que he aprendido mucho. La semana pasada vino a cenar a casa una amiga de mi hermana, a la que solo conocía de vista. Ese día estaba tristísima, encerrada y bloqueada en mis pensamientos por un examen que tenía que hacer, y no tenía deseo alguno de participar en esa cena. Empezamos a cenar y esa chica empezó a hablarnos de ella, sencillamente, y empezó a reírse también con mis padres. Lo primero que percibí es que de repente yo estaba presente de nuevo, no estaba ya en mi cabeza, en mis pensamientos, sino que estaba presente de nuevo en la realidad, en la cena. Lo noté porque durante todo el día había hecho de todo para concentrarme, para atenuar mis miedos, para cambiar mi posición, pero no había conseguido nada. La primera pregunta que me surgió fue: ¿Quién tiene el poder y tanta piedad de mí como para traerme de nuevo al presente, para hacerme volver a estar presente en las cosas? Porque esto era un milagro. Después de cenar tenía que ponerme otra vez a estudiar, y volvieron todas las preocupaciones. Pero esa chica había contado durante la cena algo que me había impresionado, una conversación con un amigo suyo. No sabía si pedirle que se explicara mejor, que me contara más, porque no la conocía y yo soy muy tímida, y porque no quería parecer demasiado invasiva, pero, en un momento dado, me di cuenta de que eso que me había impresionado constituía la alternativa entre seguir con mis pensamientos o seguir lo único que tenía, es decir, algo que me había impresionado. Me armé de valor y le pregunté. Empezó entonces una conversación preciosa y esencial, sin contarnos los detalles de la vida, pero llegando al corazón de las cosas con una franqueza y una sinceridad que hacía mucho que echaba de menos. Una de esas conversaciones en las que el otro, sin que te conozca y conozca todo sobre ti, dice exactamente las palabras que necesitas, uno de esos hechos que corresponden exactamente a tu espera, el enésimo hecho que me demuestra que hay Alguien que me salva, que me saca de la nada de mis pensamientos y no me deja sola con ellos. Con respecto al método, he comprendido dos cosas fundamentales que tú nos recuerdas con frecuencia. La primera es que todo lo que necesito para vivir, para estar contenta, está en la realidad, pero que es necesario seguir la realidad. Cuando después de la cena estaba triste de nuevo, tenía una alternativa: mis pensamientos, por un lado, o bien un hecho, algo que me había impresionado, por otro. Esta elección es el momento en el que se juega todo, y he tenido que decidir qué seguir. El problema de la felicidad es un problema de seriedad y de libertad. La mayoría de las veces, por distintos motivos, yo elijo los pensamientos. La segunda es la importancia de la atención a uno mismo y del juicio. Nos has dicho que cada uno tiene que pararse y mirar, tiene que constatar lo que nace en uno mismo, las preguntas, los cambios, la alegría y la tristeza. Durante esa cena me di cuenta de que de repente ya no era prisionera de mis pensamientos. Me pregunté qué había sucedido, qué había cambiado, qué había detrás de ese cambio que se producía en mí. Uno debe mirarse cuando cambia, debe

preguntarse por qué cambia y debe juzgar. Es la única manera de que las cosas permanezcan, de que no se escurran como agua entre las manos, hasta el punto de que ahora, una semana después de estos hechos, no los percibo como un vago recuerdo del pasado, sino como elementos constitutivos de mi persona, como un elemento más de mi persona. Me conmueve cómo un hecho tan sencillo puede educarme y enseñarme tanto. En la realidad ya está todo, y me doy cada vez más cuenta de que necesito dejarme educar. La otra cosa de la que me doy cuenta es la importancia de la Escuela de comunidad: estos hechos que te he contado habrían sucedido igualmente, pero no los habría visto o no los habría visto con tanta claridad. Me doy cuenta de que es una lente que me permite mirar cada vez con mayor verdad y profundidad lo que me sucede.

Todo se juega en nuestro modo de relacionarnos con la realidad, porque a través de la cosa más imprevista, cuando estoy fuera de la realidad, «de repente yo estaba presente de nuevo»; me descubro vivo a través de la presencia de una persona que viene a cenar a casa inesperadamente. Una presencia que –has dicho– tiene el poder y la piedad de traerme de nuevo al presente. Alguien que me salva y me saca de la nada. Esto sucede. No se necesitan visiones cuando uno se deja “arrastrar” por la realidad. Podemos ver que en la realidad está todo lo que necesitamos. Todo lo que necesitamos para vivir y para estar contentos está en la realidad, pero es necesario seguir la realidad; no sufrirla, sino seguirla. Cada uno puede decidir si la sigue o no. El problema no es seguir no sé qué cosa. ¿Qué es lo que seguimos? Seguimos el modo con el que el Misterio nos llama –la vida como vocación–, a través de las circunstancias de la vida (justamente como algo imprevisto, que uno puede descartar de antemano porque no espera nada de ello). ¡Cuántas cosas que nos suceden en la vida las descartaríamos porque no esperamos nada de ellas! En cambio, solo si estamos disponibles para seguir podemos darnos cuenta de hasta qué punto Alguien, a través de la realidad, nos saca de la nada. Y esto hace que todo se vuelva distinto. En lugar de permanecer prisionera de tus pensamientos, empiezas a estar presente en la realidad, y todo lo que necesitas es ser educada en esto. El Misterio nos educa a través de la realidad en la compañía que nos hacemos continuamente.

Quisiera hacerte una pregunta sobre la última parte de Reconocer a Cristo, es decir, sobre el trabajo como obediencia. Por un lado, me doy cuenta de que me ahoga un poco pensar en el trabajo solo por el sueldo a final de mes y como reconocimiento de lo que puedo hacer o no hacer. Pero que el trabajo se convierta en obediencia en la vida, esto me llena de asombro, de curiosidad, y me fascina, porque percibo que es una posición que me podría dar una libertad extrema con respecto a las circunstancias de trabajo. Por otro lado, no lo entiendo hasta el fondo, me gustaría profundizar más en esta afirmación que hace Giussani, porque no me parece que sea algo dicho ahí sin más, y porque habla realmente del trabajo que tengo entre manos todos los días durante ocho o diez horas al día, que me determina no poco.

Gracias. Empiezo a introducir una respuesta. En mi opinión, es necesario sobre todo aclarar la palabra «obediencia» en su relación con el trabajo. Porque muchas veces podemos reducirla simplemente a hacer bien nuestro trabajo. Lo cual, evidentemente, es una parte de la cuestión. Pero uno puede estar, digamos, comprometido con su trabajo (como si todo dependiese de su actuación) y al mismo tiempo ahogarse, porque desde que

empieza el mes hasta que llega el momento de cobrar pasan muchas horas... El problema es qué es lo que hace distinto el trabajo. Y aquí entra en juego el concepto de obediencia en el que nos introduce don Gius, porque el trabajo no consiste solo en la deontología (no perder el tiempo, ser preciso, etc.); obediencia es obediencia a un Tú, porque a través del trabajo Él me está llamando. Es una parte de lo que estábamos diciendo, que llega hasta ese punto crucial para nuestra vida, por el tiempo que le dedicamos cada día, que es el trabajo. El Señor me está llamando, y por ello la clave es vivir la realidad y las circunstancias, y por tanto el trabajo, como un diálogo, como una relación. Obedecer no es simplemente una coherencia, es lo que hace distinto el trabajo. Como decíamos antes: que uno pueda ser constantemente salvado de su propia nada.

Me ha impresionado muchísimo la frase con la que termina la lección de don Gius.

Perfecto. Con esto terminamos el recorrido: la frase con la que termina la lección de don Gius.

«La lucha con el nihilismo, contra el nihilismo, consiste en vivir esta conmoción» (p. 75). Me ha impresionado mucho porque la he percibido como un juicio formidable sobre todo lo que vivo, sobre mi experiencia personal cotidiana, sobre las circunstancias históricas que atravesamos. Me parece que esta frase dice que la conmoción por Cristo necesita de la realidad, es decir, necesita ser verificada, vivida, para no convertirse en un sentimiento. Para no colaborar con el nihilismo no es suficiente con implicarse haciendo muchas cosas. El instante de la conmoción por Jesús no es sentimental cuando se convierte en densidad de cada instante. Por ejemplo, tu artículo de Navidad en el Corriere della Sera ha sido para mí el ejemplo de cómo vivir esta conmoción».

¿Por qué?

Porque tú te conmovías por los hechos de la realidad que yo también veo, pero que no provocan en mí lo que provocan en ti. De hecho, me ha marcado no solo por su contenido, sino sobre todo por el método que testimonia. Me ha impresionado que si uno es mendigo de esta conmoción, entonces uno se da cuenta de que el problema de la vida es vivir esta conmoción, y entonces empieza a darse cuenta de quién se la testimonia cada día. Si no es así, no lo ves, y estás lleno de pensamientos sobre Cristo, pero no te das cuenta de lo que a tu lado vuelve a darte esa conmoción. Y los testigos, a veces, son los más improbables, como era evidente por ejemplo en tu artículo de Navidad. Cito algunas cosas de este periodo. El cambio imposible de un alumno mío con una grave dificultad cuyo caso impresionante se publica en un periódico nacional. O el asombro de muchos bachilleres nuevos que han venido a las vacaciones de estudio: los últimos en llegar tenían un asombro ante nuestra compañía que nosotros no teníamos. Nuestro único problema era seguir a los que vivían ese asombro. O también un empresario (que no es católico practicante) que está trabajando en Tierra Santa y me dice: «¡Aquí estoy descubriendo algo de otro mundo! No entiendo por qué nadie lo dice, pero el cristianismo es un hecho, no una religión, y yo, con mi trabajo, meto mis manos dentro de este hecho». También me ha impresionado mucho una conversación reciente con algunos amigos, en la que se ha discutido mucho y muy animadamente de las circunstancias políticas de estos últimos tiempos. En un momento dado, no he podido dejar de decir: «Pero amigos, ¿qué tiene que ver lo que estamos diciendo con la última frase de Giussani en Reconocer a

Cristo? Me parece que a veces sustituimos esta conmoción, que quizá ya no vivimos desde hace años, por lo que hacemos. Y la experiencia del movimiento se convierte en algo que hacer y no en Alguien al que amar. Y así se pueden librar muchas batallas, se puede ir o no ir al Family Day, pero si no vivimos esta conmoción solo alimentaremos aquello que queremos combatir».

Como decíamos en el artículo de Navidad, el que acaba de llegar nos vuelve a dar lo que nosotros ya no vemos en la realidad o en la Iglesia, en el lugar en donde permanece históricamente la presencia de Cristo. Cristo nos aferra no solo en el primer instante del encuentro, sino a lo largo de todo el camino, y por eso, cuando el escepticismo empieza a aflorar, lo único que tenemos que hacer es seguir a los que están dominados por el asombro ante lo que viven. Por eso me parece que la frase final de don Giussani es una síntesis de lo que es el cristianismo. Y nos ofrece un criterio de juicio no solo para trabajar la Escuela de comunidad, sino para vivir la realidad, para vivir las circunstancias históricas, para responder a la pregunta sobre cuál es nuestra tarea en el mundo. La lucha contra el nihilismo es vivir esta conmoción, y no las cosas que hacemos.

A propósito de esto, quiero terminar con una carta que me ha enviado un amigo que por desgracia no ha podido venir a intervenir en persona: «Querido Julián, con motivo de la llegada al Parlamento del proyecto de ley Cirinnà, se ha convocado un nuevo evento en defensa de la familia para el próximo 30 de enero en Roma. Y entre nosotros, puntual como un reloj, empieza la carrera hacia un posicionamiento a favor o en contra del Family Day, posicionamiento que tiene como único objetivo convencer al frente opuesto de la bondad de la posición propia. Quien está a favor lo está obviamente “porque no podemos quedarnos quietos y no podemos dejar de testimoniar nuestra pertenencia ante un gobierno que tiene intención de aprobar propuestas de ley que minan los fundamentos de la familia”. Que es como decir: lo que el movimiento dice está bien [vivir la conmoción está bien], pero hasta un cierto punto, después es necesario actuar. Quien en cambio está en contra de salir a la calle lo está –en mi opinión, según una interpretación errónea– porque “en la famosa nota interna relativa a salir a la calle el 20 de junio de 2015 Carrón y el movimiento han sugerido que no es necesario salir a la calle”. Se trata, querido Julián, de un debate que siento que me asfixia y me deprime [si nosotros lo percibimos así, ¡imagínad cómo lo perciben los demás!], un debate que percibo como una reducción de mi yo que corta de lleno buena parte de la realidad. Me he preguntado: ¿por qué es tan poco adecuado a mi corazón un debate así? Lo que siento que falta es un juicio “verdadero” sobre mí y sobre la realidad». ¿Por qué nuestro amigo –me preguntaba mientras leía su correo– percibe como asfixiante y deprimente este debate? Porque falta un juicio verdadero sobre sí mismo y sobre la realidad. Después de lo que hemos escuchado esta noche se comprende que cuando se reduce la realidad, cuando no existe una relación verdadera con la realidad, uno no se ve “aferrado”. Y esto no es solo un problema de los demás, sino también nuestro. Existe un modo de ponernos ante la realidad que no nos deja en paz. Por eso intentamos ayudarnos a que aflore este juicio, para comprender verdaderamente cuál es nuestra tarea en el mundo. Aclaro enseguida que este proyecto de ley tiene muchos aspectos críticos, como han observado comentaristas autorizados. Los puntos más problemáticos y negativos son la asimilación sustancial de las uniones civiles al matrimonio y la introducción de la posibilidad de adopción por parte

de las parejas homosexuales. Dicho esto, hay que preguntarse de dónde nace también este proyecto de ley. Nace de la voluntad de responder a una necesidad que expresan algunas personas, un deseo humano que podemos sorprender en los intentos más variados –a veces erráticos y confusos, pero no por eso menos dramáticos, como hemos dicho en otras ocasiones– para alcanzar esa plenitud que ningún ser humano puede dejar de desear y que se esconde a veces bajo ropajes contradictorios. En el centro de la cuestión está siempre el hombre y su cumplimiento. Detrás de cualquier intento humano hay un grito de cumplimiento. ¿Qué nos dice esto? Como afirmaba el entonces cardenal Ratzinger, «se trata del hombre, del mundo. Y es evidente que ambos no pueden salvarse, si Dios no es presentado de manera convincente. Nadie puede arrogarse la idea de conocer con seguridad el camino para resolver esta situación difícil. Tal cosa no es posible, porque en una sociedad libre la verdad no puede buscar otros medios para imponerse si no es precisamente la fuerza de la convicción. Pero la convicción, en medio de la gran multitud de impresiones y exigencias que acosan al hombre, se va formando solo con dificultad» (cf. *Fe, verdad y tolerancia*, Sígueme, Salamanca 2005, p. 128). Nosotros vivimos esta dificultad en un mundo que encierra estas paradojas, estas contradicciones; y la dificultad que vivimos es cómo encontrar, a través de la fuerza de la convicción, un modo para vencer estas formas variadas de reducción del deseo nuestro y del de los demás. Por ello, lo primero que debemos tener –como me escribe otra persona– es «atención por las personas que reclaman estos derechos [cosa a la que nos invita el Papa constantemente]. ¿Quiénes son? ¿Qué quieren? ¿Qué es lo que les mueve? ¿Qué es lo que buscan, lo que piden, lo que gritan? ¿Están sentados en una acera y gritan? ¿Qué podemos responderles? Mirémosles, toquémosles, toquemos sus heridas», antes de responder. Con estas personas y con sus heridas no debemos confrontarnos solo nosotros, sino también todos aquellos que esperan que el orden jurídico resuelva los dramas humanos que viven, que responda al deseo humano, incluido el suyo. Todos hemos leído en *Huellas* el caso del amigo homosexual que confía a unos amigos a los que ha conocido por casualidad que trabaja en el mundo de la moda, que tiene un buen trabajo, un compañero, pero que no es feliz, que está inquieto: «Es como si me faltase algo, es como si viviera defendiéndome, a partir de una reacción de defensa, y eso no me hace feliz» («Sois especiales en un mundo normal», *Huellas*, n. 1/2016, p. 4). Como hemos dicho en otras ocasiones, el punto crítico de la cultura contemporánea está justamente en la miopía con la que mira las necesidades profundas. Porque la necesidad humana de estas personas, cualquiera que sea la modalidad de respuesta que eligen, sigue estando presente en sus vidas, y cuando tienen un momento de familiaridad con alguien –como ha sucedido con este nuevo amigo nuestro, que finalmente ha muerto a causa de un tumor– se confían y reconocen hasta qué punto no son felices. Debemos comprender que los llamados nuevos derechos son intentos de responder a estas situaciones. Pero el hombre real, como vemos, no se puede reducir a través de las formas o las leyes que podamos hacer. Esta es la razón de su sufrimiento: que el drama que viven permanece tal cual. Este es un punto crucial para nosotros, cristianos: ¿tenemos algo que decir a estas personas? Don Giussani nos ha dicho que la solución a los problemas que la vida plantea cada día «no se produce afrontando directamente los problemas, sino profundizando en la naturaleza del sujeto que los afronta», es decir, «lo particular se resuelve profundizando en lo esencial» (A. Savorana,

Luigi Giussani. Su vida, Encuentro, Madrid 2015, p. 518). Entonces, ¿qué es lo que responde a la necesidad de generación del sujeto humano? Continúa la carta: «Siento una disfunción entre el deseo de infinito y la reducción de la realidad que realizamos puntualmente con respecto a los hechos importantes de la vida. Si es verdad que Jesús ha venido a redimirnos del pecado y a curar a los enfermos, como enferma estaba la hemorroísa, yo, que he sido “tocado” exactamente igual que esa mujer de Cafarnaún, ¿qué contribución puedo ofrecer para que hombres y mujeres que no han sido “tocados” puedan también ellos ser “tocados” por Aquel que ha sido enviado al mundo para hacernos hombres y mujeres felices? La “calle”, ¿es una respuesta adecuada a tal pregunta? ¿O una vez que has salido a la calle la pregunta sigue tal cual cuando vuelves a casa? Tenemos ante nosotros un desafío histórico». ¿Qué podemos ofrecer nosotros, cristianos, a estas personas, como contribución original, única, verdaderamente a la altura del problema? Cada uno de nosotros se lo debe preguntar para dar una respuesta concreta a los asuntos que ahora nos preocupan: uniones civiles (y consecuente manifestación del 30 de enero). La única respuesta es el encuentro que libera al hombre de la reducción del deseo, porque todos estos intentos tienen su origen en un deseo reducido en nosotros o en los demás. Es interesante ver la reacción de este amigo homosexual dentro de la relación de amistad ofrecida por sus nuevos amigos: «“Sería hermoso vivir el trabajo y las relaciones como las vivís tu mujer y tú, tenéis una alegría distinta que yo no tengo, sois especiales en un mundo normal. [...] Me encanta hablar con vosotros”. Y luego me pregunta: “¿Cómo hacéis para vivir así?”» («Sois especiales en un mundo normal», *Huellas*, n. 1/2016, p. 4). Esta es la prueba de lo que siempre nos ha dicho don Giussani, es decir, que «en una sociedad como esta no se puede crear algo nuevo si no es con la vida: no hay estructura ni organización o iniciativa que se sostengan. Solamente una vida nueva y diferente puede revolucionar estructuras, iniciativas, relaciones, todo» («Movimento, “regola” di libertà», a cargo de O. Grassi, *CL Litterae communionis*, n. 11, noviembre 2978, p. 44). Es lo que todos esperan de nosotros, como este amigo. «Lo que falta», nos recuerda de nuevo don Giussani, «no es tanto la repetición verbal del anuncio. El hombre de hoy espera, quizá inconscientemente, la experiencia del encuentro con personas para las cuales el hecho de Cristo es una realidad tan presente que cambia su vida. Lo que puede sacudir al hombre de hoy es un impacto humano: un acontecimiento que sea eco del acontecimiento inicial. Como cuando Jesús levantó la vista y dijo: “Zaqueo, baja enseguida, voy a tu casa”» (L. Giussani, *L’avvenimento cristiano*, BUR, Milán 2003, pp. 23-24). Aquí se nos indica el método con el que sucedió el cristianismo y puede volver a suceder siempre. Y esto, ¿qué importancia tiene para sacar al hombre de la reducción del deseo en la que luego se ahoga, para que pueda empezar a respirar de nuevo? Porque Cristo no es un adorno de la solución, ¡sino la clave de la solución! Solo Cristo como acontecimiento presente en la experiencia de las personas es capaz de liberar al hombre de la reducción del deseo y de hacerle desear esa plenitud para la que está hecho. «Sería hermoso vivir el trabajo y las relaciones como las vivís tu mujer y tú». Es el origen de esa «curiosidad deseosa suscitada por el presentimiento de lo verdadero» (L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, p. 154). «¿Cómo hacéis para vivir así?». ¿De dónde viene todo esto? Sin una experiencia de liberación de esta reducción, cualquier respuesta llamada “concreta” será siempre insuficiente, para nosotros y para los demás. ¿Nos damos cuenta de la

oportunidad única que este asunto representa para nuestra maduración, es decir, para ser conscientes de cuál es nuestra tarea en el mundo y por tanto del valor de nuestro testimonio? Esta es también nuestra contribución al bien de todos, como ha recordado el papa Francisco en Florencia: «*Os recomiendo también, de forma especial, la capacidad de diálogo y de encuentro [...] para construir junto con los demás la sociedad civil. Nosotros sabemos que la mejor respuesta a la situación de conflicto del ser humano del célebre homo homini lupus de Thomas Hobbes es el “Ecce homo” de Jesús que no recrimina, sino que acoge y, pagando personalmente, salva*» (*Discurso en el encuentro con los representantes del V Congreso nacional de la Iglesia Italiana*, Florencia, 10 noviembre 2015). Desde aquí podemos partir para reconstruir junto a los demás la sociedad civil, pues en caso contrario todo queda atrapado en las redes de la parcialidad, de los esquemas y de las contraposiciones. Espero que estas sugerencias nos permitan juzgar también la utilidad de la manifestación del próximo 30 de enero. Puesto que se trata de un evento promovido por los laicos, en el que esta vez la Iglesia no ha dado ninguna indicación vinculante –respetando la libertad de los laicos–, que cada uno decida como laico qué va a hacer, verificando en la propia experiencia la razón última de su decisión.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 17 de febrero a las 21 horas. Empezamos este año con el trabajo sobre la segunda parte del texto de don Giussani *Por qué la Iglesia*. Como hemos visto esta noche por todas las provocaciones que han surgido, la Iglesia no solo prosigue la obra de Cristo, sino que Él mismo sigue llamándonos y construyendo nuestra vida. Ahora tenemos una posibilidad de profundizar en los factores constitutivos de la Iglesia tal como son propuestos nuevamente por Giussani. Por eso trabajaremos sobre la primera parte del capítulo segundo, que tiene por título «Los tres factores constitutivos» (del fenómeno cristiano en la historia), desde la página 108. Hemos visto ya en la introducción de los *Ejercicios de la Fraternidad* que la Resurrección era el origen de ese pueblo nuevo, como testimonia Pentecostés. Ahora con esta mirada podemos empezar a leer todo el alcance de ese pueblo que somos.

A aquellos que quieran inscribirse en la Fraternidad y luego venir a los *Ejercicios de la Fraternidad*, les recuerdo que deben presentar la solicitud antes del 16 de febrero.

Como señalamos el último día, con motivo del XI aniversario de la muerte de don Giussani hemos decidido que pueda estar disponible para todos el DVD de la lección Reconocer a Cristo que vimos en los *Ejercicios de la Fraternidad (2015)*. Es una ocasión preciosa para identificarnos con el corazón de nuestro carisma y ofrecer a todos su testimonio en este Año Santo de la Misericordia.

El DVD Reconocer a Cristo se adjuntará con la revista Huellas del mes de febrero. El fin de semana del 20-21 de febrero haremos una venta extraordinaria en todas nuestras ciudades. Los secretarios que no hayan encargado los ejemplares necesarios que lo hagan cuanto antes.

Este año el Meeting de Rímimi tendrá lugar del viernes 19 de agosto al jueves 25 de agosto.

Veni Sancte Spiritus